

* Cebra FA

MUNICIPIOS VECINOS, HERMANOS ENEMIGOS

Esbozo de dos desarrollos divergentes,
Tuxpan y Alamo (Veracruz)

Jean-Yves MARCHAL, ORSTOM-EL COLEGIO DE MEXICO
en colaboración con
Marielle PEPIN LEHALLEUR, CNRS-EL COLEGIO DE MEXICO

Resumen	p 2
Lugares y gente	p 2
Primeras imágenes	p 3
¿Hermanos en el jardín del Eden?	p 4
Mi lindo naranjal	p 6
Fruta, jugo y ventajas locales	p 7
Nosotros los ganaderos	p 9
Indicios	p 11
Dos casos específicos	p 12
Desatendiendo el interior y privilegiando la costa	p 12
País nuevo frente a puerto petrolero	p 14
Fraccionamiento y alternativas	p 16
Lugares altamente tipificados	p 18
Dos tipos de ejido	p 19
Ciudades-espejo	p 20
Entre competitividad y complementaridad	p 23
Desarrollo autónomo	p 23
El Estado-interventor	p 24
La unión transversal	p 25
Liebre volador y gato dormilón	p 27
Bibliografía	p 29

O.R.S.T.O.M. Fonds Documentaire

93 04 07 N° : 37702 ex 1
Cote : B

Municipios vecinos, hermanos enemigos

Esbozo de dos desarrollos divergentes: Tuxpan y Alamo (Veracruz)

Jean-Yves MARCHAL, ORSTOM-EL COLEGIO DE MEXICO
en colaboración con Marielle PEPIN LEHALLEUR (CNRS)

Resumen

Las opciones económicas que ofrece el Golfo de México perfilan redes de decisiones, flujos monetarios y movimientos poblacionales, por sobre la marquetería de entidades administrativas y de territorios agrícolas. Dichas fuerzas externas, que actúan a varios niveles regional, nacional e internacional, se infiltran, localmente, de distintas maneras. Este artículo tiene por objetivo captar ese encuentro entre vectores económicos e iniciativas locales, en el caso de dos municipios vecinos del norte del estado de Veracruz.

Sus nombres: Tuxpan y Alamo. Dichos municipios no han conocido los mismos ritmos de desarrollo ni elegido las mismas opciones económicas. Para dar cuenta de este juego, retomaremos los apuntes provenientes de investigaciones realizadas desde finales de 1990 hasta el verano de 1991: conversaciones premeditadas, encuentros fortuitos, así como reconocimiento territorial de ambos municipios, mapas en mano. El análisis adoptará la forma de un díptico con el propósito de ponderar más atinadamente las iniciativas locales que tuvieron como resultado la formación de dos micromundos separados. De esta manera, pretendemos aportar respuestas a la problemática planteada en un programa común de investigación.

Lugares y gente

Nos hallamos en la parte baja de la cuenca del río Tuxpan, en la Huasteca veracruzana, entre las primeras elevaciones de la Sierra Oriental y el mar. Existen allí quince municipios, incluyendo los dos que hemos elegido para este estudio, contiguos entre sí. Por ambos cruza el río, que es navegable en un tramo de cincuenta kilómetros (para embarcaciones de

poco calado) o de diez (para embarcaciones de alta mar) a partir de la barra costera.

Cada uno de estos dos municipios reúne unos cien mil habitantes (Tuxpan: 117,252 y Alamo: 101,498, en 1990); repartidos en superficies más o menos equivalentes (Tuxpan: 1,062 km² y Alamo: 1,140). Estas grandes entidades administrativas se inscriben dentro de un campo próspero, que contrasta con la economía de infrasubsistencia de la cercana Sierra Oriental.

Primeras imágenes

Estamos en la llanura, en un medio donde durante largo tiempo se desarrolló la ganadería extensiva, antes de que esta actividad se viera trastornada por la extracción petrolera de la «Faja del Oro», a principios de siglo, posteriormente reconvertida a la arboricultura y la ganadería intensiva, dos actividades que apuntan hacia el mercado nacional e internacional. De las 11,000 familias de ejidatarios distribuidas en ambos municipios, son pocas las que producen granos básicos. Se distinguen, en cambio, por elevadas producciones de cítricos y una ganadería de calidad, fuentes ambas de ingresos dignos de suscitar la envidia de los «pequeños propietarios». Se trata pues de un «país» próspero, cubierto de huertas y pastizales, mientras que de su subsuelo mana el petróleo.

En relación con los promedios nacionales, y partiendo de la hipótesis de que entre 10 y 15 % de los agricultores mexicanos caben en la categoría de «agricultores-empresarios» que disponen de capital, podemos suponer que muchos de los predios existentes a orillas del río Tuxpan, ejidales o no, productoras de cítricos o de carne bovina, deben ser incluidas, sea en dicha categoría, sea en la de «agricultores en transición» integrados al proceso de alta producción gracias al crédito bancario (Schejtman, 1982). Así, nos encontraríamos ante un buen conjunto de profesionales de la agricultura cuyo porvenir económico está garantizado (Pepin Lehalleur, 1989). Entreverados en esta trama rural, aparecen polos urbanos y varias vías de comunicación, que representan, en un mundo basado en el intercambio, otros tantos elementos económicos favorables, como complemento a la producción agrícola en sí. Los habitantes rurales tienen los servicios al alcance de su mano. Destaca una ciudad de medianas dimensiones (Tuxpan) mientras que se afianza un pueblo grande (Alamo); ambos generan lazos mercantiles con otras entidades.

Sometidos, por una parte, a las diversas influencias que recorren la zona del Golfo, unas ligadas a los Estados Unidos y las demás a las ciudades mexicanas; y recibiendo por la otra ayuda gubernamental diversificada (desde la capital federal y desde la entidad de Veracruz) tanto en equipo industrial pesado y portuario como en pequeñas agroindustrias, los municipios de Tuxpan y Alamo resultan representativos de las relaciones existentes entre las instancias locales y las decisiones tomadas en altos círculos de poder. Estas relaciones, infinitamente variadas, han terminado por dejar huella en la distribución del espacio. A partir de una especialización de las actividades, se dibujan a lo largo del río Tuxpan dos manchas de distinto color: una más bien verde por los pastos (Tuxpan), otra anaranjada por los cítricos (Alamo).

¿Hermanos en el jardín del Eden?

Caben algunas precisiones en torno a las cabeceras municipales correspondientes. Tuxpan se llama, desde 1955, «Tuxpan de Rodríguez Cano», en honor de uno de sus hijos que defendió de los liberales a la ciudad (1839). Por su parte, Alamo sigue llamándose «Alamo-Temapache», pues en 1927 el alcalde se apoderó de los archivos municipales del pueblo de Temapache y decidió por sus pistolas trasladar su sede a Alamo, que no era por aquel entonces sino un campamento petrolero. Esta disputa municipal interna tuvo repercusiones políticas a nivel nacional, debido al anticlericalismo de la época, y sólo se vió apaciguada en 1929, mediante un decreto presidencial que ratificaba a Alamo su título de nueva cabecera, dado que esta localidad crecía bajo el impulso de la actividad petrolera, mientras que Temapache seguía vegetando en su cerro, a quince kilómetros de ahí.

Estos datos aportan numerosos indicios sobre las características de cada lugar. Tenemos, por un lado, una localidad antigua (Tuxpan); por el otro, una tierra «neutral», cuyo polo administrativo sólo cristalizó por efecto de un desarrollo reciente. La ciudad de Tuxpan se halla a doce kilómetros del estuario, en los primeros relieves que deforman un terreno hasta entonces llano desde la costa, y recibe de frente los «nortes». Alamo, ubicada treinta kilómetros más atrás, está en el centro de una cuenca rodeada de cerros poco elevados. Tuxpan vive bajo influencia marítima, mientras que Alamo es plenamente de tierra adentro. En aquél, la brisa del mar; en éste, la humedad de tierra caliente.

Sin embargo, situados ambos en la misma cuenca hidrológica, estos municipios presentan paisajes muy semejantes: un dedalo de lomas entre llanuras y terrazas aluviales. Se extienden sobre suelos casi idénticos,

muy favorables para la agricultura; la tierra es rica en materia orgánica, gruesa, arcillo-arenosa, de agradable textura, sobre todo en las vegas. Hacia el oeste; se yerguen tocones volcánicos, primeros eslabones de la cadena montañosa que abarca el horizonte.

Coloridas huertas cubren las tierras del interior hasta donde alcanza la vista; el paisaje costero se compone de praderas salpicadas de frondosos árboles que cobijan el ganado bajo su sombra.

Esta parte de la Huasteca tiene fama de próspera por sus pastos y sus cultivos, favorecidos por 24 grados centígrados de temperatura y 1,600 mm de lluvias en promedio anual. No obstante, este paraíso se ve episódicamente ensombrecido por súbitas heladas, y es periódicamente devastado por las inundaciones que acompañan los huracanes de otoño. El río abandona su lecho, sumerge las terrazas aluviales y provoca daños en las localidades ribereñas: entre ellas, Alamo y Tuxpan. Sus habitantes ya están acostumbrados: 1929, 1930, 1933, 1941, 1944, 1955, 1974, 1980, 1990 y 1991, pese a los diques construidos río abajo desde los años veinte y río arriba en la década de los setentas. Un año sí, dos no, el río se desborda con mayor o menor fuerza.

Pese a todo, una vez pasado el temporal, las condiciones naturales son propicias a la comarca. Cuando la resaca enrojece las frondas de los naranjos, la fruta se hace más dulce y, por lo tanto, más apreciada por los consumidores. Por su parte, los ganaderos halagan al «cielo», es decir, la humedad aunada al calor que produce buenos pastos y garantiza una rápida engorda del ganado.

*

Dejemos estas plácidas imágenes para ceder la palabra a los actores locales. Para entender la producción citrícola, hemos reunido opiniones vertidas en diversas entrevistas; en lo que a ganadería se refiere, nada mejor que escuchar a los interesados. Progresivamente, se irá perfilando las especificidades locales, vistas además a través de dos miradas diferentes. Los ejidatarios-citricultores de Alamo piensan en términos de municipio y demuestran gran apego a la tierra, a pesar de que hasta hace poco no eran sino «pioneros»; lo cual no les impide hablar de comercio y de valor agregado. En cuanto a los ganaderos, pequeños propietarios en su mayoría, prefieren hablar de «su» región, un conjunto de municipios del que pretenden detentar los «puntos de apoyo», aun cuando reconocen no saber bien a bien cómo «acceder a la modernidad». En su versión, Tuxpan no es sino un dominio entre los muchos de los que siguen siendo amos y señores, mientras que debieron batir retirada en Alamo.

Mi lindo naranjal

«Cuando aquí el plátano dejó de ser rentable, por 1950-1955, se importaron desde Nuevo León, de la región de Montemorelos, variedades de naranja. Actualmente, sin trabajos, la peor hectárea cultivada produce cinco toneladas de fruta, es decir, 1, 25 millón de pesos (tomando como base 250,000 pesos por tonelada, precio promedio de compra de la temporada 1990-1991). A ese precio, que corresponde a la tonelada cargada en camiones en El Idolo (anexo mercantil de Alamo donde se realizan todas las transacciones), hay que restarle el costo de la cosecha (30,000 pesos), el del transporte de la huerta a la báscula (55,000), 10,000 de comisiones varias y 5,500 de impuestos para compensar los gastos de fumigación aérea y mantenimiento de carreteras estatales. O sea, una deducción de 40 % por tonelada cargada, alrededor de 100,000 pesos. Pero, retomando el hilo de nuestro ejemplo, el productor saca en bruto de cualquier manera 750,000 pesos por hectárea. Y hablo de los rendimientos más bajos.

Un ganadero, para obtener en un año un ingreso bruto equivalente, necesita cuidar bien su ganado y tener un pasto de buena calidad, sin hablar aún de buenos precios de venta. La citricultura deja bastante sin mucho esfuerzo».

«Con un poco de técnica: aportar abono, desparasitar los troncos, rociar la fruta en proceso de maduración (para protegerla de la mosca *Anastrepha ludens* L., cuya larva daña los cítricos) y dar mantenimiento a la cobertura vegetal debajo de los árboles; el rendimiento anterior puede verse multiplicado por dos o tres, o incluso por cuatro o cinco, cuando el productor halla manera de irrigar su huerta durante un mes o dos mediante bombas de motor. En Nuevo León anuncian 17 tons./ha., en Florida 50 tons./ha. En nuestras vegas deberíamos poder alcanzar de 30 a 40 tons./ha. Los resultados de una encuesta parcial realizada en Alamo relacionan a 1,140 ejidatarios con 6,770 hectáreas de cítricos, un promedio de 5.93 has. por ejidatario (SPP, Tuxpan, 1990). Si dicha superficie arroja, un año con otro, 10 tons./ha., eso representa cerca de nueve millones de pesos de ingreso bruto anual para el ejidatario. ¿Ahora entiende usted por qué hay tantas huertas?».

«Pongamos tres años para que la mata de naranjo dé su primera cosecha. Mientras tanto, la parcela continúa produciendo. Se sigue sembrando maíz o cuidando animales. Y, fuera de ciertas sorpresas del clima, la producción es buena. Digamos que el agricultor tiene esperanzas de vivir mejor sin

necesidad de acudir al Pronasol. En un año, apenas dos o tres decenas de agricultores de Tuxpan y Alamo han recurrido a ese programa. Y, hasta eso, se trataba de daños provocados por la inundación.

Puesto que la explotación citrícola se ha expandido de manera progresiva, los agricultores han podido plantar diversas variedades. De ahí que entre Valencia, Reina, Mónica y la Nave, la cosecha no se detenga durante ocho meses, de acuerdo a las fechas de floración y de cosecha de cada variedad (Temprana, Mayera y Tardía). La Mayera, que corresponde a una floración de primavera, para ser cosechada en agosto, durante un mes "flojo" en el mercado, ya no se vende a 250,000 pesos, sino a millón, millón y medio la tonelada.

Ni siquiera menciona la toronja y el limón, porque a ese respecto las superficies plantadas aquí son ínfimas. Sólo pretendo dejar claro que, con los cítricos, se obtienen entradas periódicas de dinero, lo que constituye una bendición para los ejidatarios».

Fruta, jugo y ventajas locales

«Dada la considerable extensión de las huertas, podría pensarse en sobreproducción, de no existir jugueras que se dedican a absorber el "sobrante" de fruta fresca. En Alamo vamos, en 1991, hacia una producción de 700,000 toneladas (640,000 en 1990) y, para 1993, pensamos haber duplicado las superficies de producción, es decir, pasar de las 27-30,000 hectáreas actuales a 60,000, pues cada año se suman 10,000 nuevas hectáreas.

Sin embargo, independientemente de la capacidad de absorción de las agroindustrias, falta cuidar mejor de la expedición de la fruta, que aún se carga en la mayoría de los casos, a granel, en camiones de alto tonelaje, para un consumo urbano inmediato. Lo ideal sería que exportáramos la mejor naranja, orientáramos la de mediana calidad hacia el mercado nacional y mandáramos la "cualquiera" a la juguera. A la Asociación de Citricultores le gustaría probar y perfeccionar ese sistema. Podría venderse mayor cantidad de fruta fresca en el extranjero, si hubiera mayor esmero en la presentación. Ahora bien, sólo existen tres empresas empacadoras entre Tuxpan y Alamo que seleccionan las naranjas y les dan una buena presentación. Sería muy positivo que hubiera más empacadoras».

«Pues no se puede seguir ignorando a la competencia. Alamo está bien ubicado en el mercado, pero no es productor único. Tan sólo en los alrededores, están Tihuatlán, Castillo de Teayo, Poza Rica, Papantla y, sobre todo, Martínez de la Torre. Y si los productores de Montemorelos

parecen haber renunciado a volver a plantar tras la helada de 1989 que siguió a la de 1983-84, en Tamaulipas la zona citrícola está en plena expansión.

En Alamo, por ende, ya no se trata tanto de crecer como de progresar, garantizando los mercados con volúmenes comercializables de buena calidad. No urge por el momento, puesto que las mejores huertas de California y Florida no pueden cubrir por sí solas la demanda norteamericana, y menos aún la internacional, pero hay que andarse con cuidado. Ya no podemos conformarnos con cosechar.

Hace quince años, por desorganizados, la demanda del Norte nos rebasó y los gringos prefirieron negociar con Brasil. Ellos sólo le tienen confianza a las empresas, no a las cooperativas de agricultores independientes. Ahora ya somos competitivos; nuestras naranjas son mucho más dulces que las brasileñas. Además, tenemos a nuestro favor el calendario: cuando la cosecha se detiene en Brasil, arranca la nuestra. De eso nos enteramos hace poco».

«Las dos grandes jugueras de Martínez de la Torre y de Poza Rica son propiedad de "Alimentos de Veracruz". Otra, más cercana, que está en Potrero del Llano y pertenece a "Citro México Montemorelos", fue prevista para absorber la producción de varios municipios.

En Alamo mismo se han instalado tres jugueras. Dos de ellas son privadas, pero la tercera (concluida a finales de 1989), constituye un motivo de orgullo para nosotros, ya que 95% de los socios son ejidatarios; aunque no tan ricos como ciertos ganaderos, tienen dinero. Lo invirtieron primero en comprar y alquilar tierras, para incrementar la producción de manera extensiva. Luego, cuando decidieron combatir "la mosca", a principios de los años ochenta, empezaron a cuidar los árboles. Y ahora los tenemos hablando de técnica, comercio y transformación. En diez años, esos agricultores se convirtieron en accionistas empresariales, al decidir asociarse haciendo caso omiso de su origen social y sus convicciones políticas.

Cítricos de Alamo, S.A. de C.V. (CIASA) es todo un símbolo; si bien la rentabilidad de la empresa no ha sido demostrada en el plano financiero, ha establecido contactos con compradores norteamericanos y europeos. Esa juguera tiene que obtener buenos resultados, a pesar de que el tránsito de la arboricultura hacia la pequeña industria no resulte fácil para la mayoría de los socios, pues los bancos son más severos con ellos que con un industrial "normal"».

«CIASA está vinculada a la Asociación de Citricultores de Alamo, pues los socios están afiliados a ella. Ahí existe la misma voluntad de avanzar. La asociación dispone, tras un acuerdo con el gobierno de Veracruz, de una avioneta para la fumigación fitosanitaria. Así, en 1991, supervisó el tratamiento de 30,000 has. La asociación cobra una cuota de 5,500 pesos por tonelada sacada del municipio después de haber pasado por una de las siete básculas de El Idolo y de Alamo: 3,000 pesos para los costos de fumigación y gastos de la asociación; 2,000 van al Estado para mantenimiento de carreteras, y 500 se destinan a la fundación de un Instituto Citrícola en Veracruz.

Los miembros de la asociación consultan también a agrónomos de Chapingo y de Cuba, con el objetivo de mejorar la productividad de las huertas. En el municipio de Alamo, construyeron con el mismo fin, apoyados por la SARH, un laboratorio "tamaño natural", para análisis de los suelos. O sea que sí, les preocupa la tecnificación, pero sobre todo la que resulta rápidamente aplicable a nivel municipal».

Junto con los productores y el equipo permanente de mantenimiento de las huertas (tres o cuatro personas por explotación, de preferencia gente de por aquí), ocho meses por año (de septiembre a abril) se contrata mano de obra eventual por fuera; en su mayoría del mismo municipio (hijos de ejidatarios y vecindados) a la que se suman trabajadores de Poza Rica, Papantla o Martínez de la Torre, y si acaso, algunos más que llegan con los camioneros de Hidalgo. En período de cosecha, centenas de camiones parten diariamente de El Idolo, equivalentes a 2,000 ó 2,500 toneladas, que representan el trabajo de otros tantos recolectores.

Nosotros los ganaderos

«Antes nuestra meta era introducir el ganado vivo en Texas. Era muy sencillo, pero los Estados Unidos frenaron nuestra exportación. Guatemala y América Central aprovecharon la oportunidad para vender la carne más barata. Eso es lo que nos ha perjudicado de diez años para acá. En 1980-1985, salían anualmente de Alamo entre 25 y 30,000 cabezas de ganado, y hoy no llegamos a más de 7 u 8,000. En cambio, Tuxpan conserva el ritmo: 30,000 cabezas al año, pero con destinos diferentes.

Nosotros nos reconvertimos al mercado nacional, al abastecimiento de las ciudades. No obstante, el "vacío" norteamericano ha depurado nuestras filas, y nos hemos concentrado en torno a algunos puntos claves.

Entre nosotros permanecen los ganaderos de abolengo: unos cuantos en Alamo y una buena cantidad en Tuxpan, Tamiagua y Ozuluama; son dueños de

buenos pastos, aunque algunos ligeramente salinos. A mayor altitud, tenemos fuerza por el rumbo de Platón Sánchez, de Chontla y sobre todo de Tempoal. Esos son nuestros baluartes. Sin embargo, contamos en la Unión con la presencia de algunos pequeños ganaderos, privados o ejidatarios, que se afeñan a la ganadería porque sus tierras no se prestan para nada más. Se han especializado un poco, ya sea en la crianza (y nosotros adquirimos sus becerros), ya sea en la producción lechera destinada a la planta Nestlé de Naranjos. A pesar de todo, la ganadería en pequeño no resulta rentable. No hay por qué asombrarse de que la arboricultura se trague los pastos».

«Un ganadero es ante todo heredero de su padre, también ganadero. Conoce el oficio, dispone de un soporte financiero, de unos cuantos cientos de hectáreas de pradera, y es portador de un valor social que debe perpetuar. Un campesino nunca podrá comprar un semental de treinta millones de pesos: está fuera de su alcance, aun tomando en cuenta la ganancia que le reeditúan las naranjas del año. En cambio, un ganadero que goza de prestigio en la Unión regional viaja, expone sus animales en las ferias de Centroamérica, Brasil o Texas, se informa en torno a las nuevas técnicas ganaderas. Esto significa que ya no le basta con contar sus reses, sino que se especializa en la compra-venta de ciclo rápido, haciendo rendir pastos sembrados, de buena calidad. Algunos pueden cultivar naranjas, pero nunca en los "santuarios" mencionados, donde la ganadería constituye el eje de las actividades.

En esas zonas estamos intentando, mediante la Unión, controlar la cadena comercial de la carne de res, desde la matanza hasta el almacenamiento de la carne en cámaras frigoríficas, en condiciones de calidad sanitaria irreprochables; la meta es reducir el intermediarismo. El Estado nos está ayudando, pues le interesa el abastecimiento de las ciudades. Pero siempre nos queda la nostalgia de la exportación hacia Texas. No nos cansaremos de exigir la autorización correspondiente».

«Aquí, con las razas Brasil, Suiza y Holanda, la ganadería resulta rentable, cuando disponemos de suficiente tierra y se respetan los límites de propiedad. Aun así, tenemos que solicitar préstamos para sembrar pastos, fertilizar y comprar los becerros. Ahora bien, los intereses bancarios son muy elevados (hasta 28 % a un plazo de seis meses, 1991), y no tenemos la suerte de los ejidatarios, que cuentan con el apoyo de Banrural. Además, viene la sequía, los pastos se queman, la carga de ganado decrece y nuestra cadencia de compra-venta disminuye. En tal caso, para alimentar a los animales, tenemos que comprar forraje, alfalfa, alimentos de Tampico y

cáscaras de naranja provenientes de las jugueras. La engorda, en tales condiciones, resulta muy onerosa.

Y organizarnos no es nada fácil. Antes nos quejábamos de los intermediarios, tanto para cruzar la frontera como para la venta en la capital. Decíamos que no podíamos transportar el ganado hasta puntos lejanos, ni asumir los riesgos que esto implica; tampoco sabíamos cómo hallar forraje en la ciudad, ¡y menos aún a los compradores! Tan solo cargábamos a los animales en camiones, a las puertas del rancho, y los pesábamos en la báscula más cercana. Cuando queríamos, recibíamos los pagos en efectivo. La Unión Ganadera mandó construir un rastro en Tempoal, pero como no podemos financiar el costo de la compra-venta, preferimos alquilar las cámaras frigoríficas a una sociedad privada. En Tihuatlán estamos construyendo otro rastro con las mismas características, donde ofreceremos el servicio de matanza y refrigeración a ... los intermediarios. ¿Sabremos aprovechar esa inversión y superar más adelante esta etapa para entrar en trato directo con el ganadero?».

«Los ejidatarios son muchísimos. Lo han tenido todo: el usufructo de la tierra, los préstamos bancarios en condiciones ventajosas. Desde hace cincuenta años son los grandes vencedores. Conozco a algunos que son comerciantes y que, de una u otra manera, han llegado a controlar más de 500 hectáreas de naranjales. Se supone que no tienen derecho, pero se las arreglan para que la ley los ampare.

Yo me mantengo como ganadero, porque me gusta, y pertenezco a la Unión Ganadera, pero también a la Asociación de Citricultores. La ganadería es para mí una actividad adicional. He decidido orientarme definitivamente hacia la fruticultura y, en ese sentido, no hago sino imitar a los ejidatarios a los que les ha ido bien».

Indicios

La pauta está dada. Si bien las primeras impresiones ocultaban las diferencias y las tendencias contrarias, he aquí un cuadro en que el naranja y el verde no se mezclan en total armonía.

Surgen varias incógnitas: ¿por qué, según las opiniones vertidas, algunos hablan de sobreproducción de cítricos y otros de posibilidades de desarrollo (extensión de las superficies cultivadas y adopción de técnicas más avanzadas)? ¿Será que no todos captan un mismo mensaje ante un mismo paisaje? Hay quien duda de haber elegido la buena opción al plantar cítricos o al conservar sus pastos, mientras que su vecino, convertido en empresario, está plenamente inmerso en el negocio y conoce el valor de la

oferta. Por su parte, el ganadero no tiene a un comprador en la puerta de su casa y vende cuando le parece; cuida con esmero sus pastizales, calcula sus intereses y se toma su tiempo.

Con base en las declaraciones anteriores, podemos pensar que la fruticultura, al igual que la ganadería, no es un simple producto agrícola, sino también un producto social. Es decir, que la producción se inscribe dentro de un conjunto determinado de pensamientos, voluntades y prácticas. Para algunos, la citricultura constituye un método extensivo y veloz de ocupar el espacio: acaban de adquirir (o de invadir) un terreno, y no se les ofrece localmente ninguna otra opción; se integran en un sistema al cual desearon pertenecer y anhelan acercarse a quienes, aprovechando la experiencia acumulada, pasaron a controlar el mercado. La segunda alternativa es la de quienes prefieren hablar de pastizales, de bueyes y de mataderos.

La organización del espacio, por un lado, y la manera en que la gente percibe y describe sus actividades, por el otro, ponen al descubierto una compleja red que resulta de estrategias acumuladas (individuales y colectivas), significativas en relación con las posibilidades que ofrece el contexto geográfico (clima, suelo, ubicación dentro de la infraestructura regional, grado de integración al mercado). Los municipios de Tuxpan y de Alamo son espacios contruidos, cuyas características dan cuenta de fenómenos sociales. Sus rasgos materiales, visibles, combinan, en gran parte, las acciones y representaciones que los habitantes tienen del lugar.

Dos casos específicos

Para explicar mejor el presente, es necesario remitirnos al pasado. Evoquemos pues las haciendas y los ranchos del siglo XIX; remontémonos a la denominada «era del petróleo», durante la cual ambos municipios adquirieron su actual fisonomía.

Desatendiendo el interior y privilegiando la costa

Al comparar la actual cartografía de la región con los mapas de fines del siglo XIX, descubrimos que, una vez franqueados los quince primeros kilómetros a partir de la costa, existía un gran «vacío». Tierra adentro, entre Tuxpan y los alrededores poblados de Chicontepec, trepado en la

Sierra, 80 kilómetros al oeste, no reina el vacío absoluto, pero sí un cúmulo de pequeños asentamientos salpicados aquí y allá. No hay ningún pueblo aparte de Temapache y Tihuatlán, hacia donde convergen las rutas de los arrieros. Así lo indica el primer mapa detallado de este sector (Fages, 1854) y el de la Comisión Geográfica Exploratoria (1905). Hacia el oeste, la carretera que une al Pánuco con la capital de la República sigue la ruta de los lomeríos desde Tantoyuca hasta Tempoal; una desviación se desprende de ella para alcanzar las salinas y pesquerías de Tamiahua, como único lazo directo entre la falda montañosa y la costa.

Ese espacio es visto como uno de los «confines del mundo» por la ciudad de Puebla, de la cual dependió durante tres siglos (1534-1853). A pesar de disponer de esa «ventana» hacia el Atlántico, apenas ha desarrollado un insignificante tráfico sobre el río Tuxpan. Su propia posición de plaza mercantil entre Veracruz y la capital acapara todos sus cuidados (Meade, 1951).

Así pues, tenemos, esparcidas por aquí y por allá, unas cuantas milpas, a proximidad de rancherías y haciendas aisladas; pero, sobre todo, mucha vegetación silvestre: matorrales y formaciones boscosas, de la que se extraen esencias y chicle, colindantes con las propiedades dedicadas a la ganadería extensiva y administradas de lejos por los «grandes» de Tuxpan. De treinta haciendas y ranchos censados entre Potrero del Llano y Castillo de Teayo, sólo ocho cascos, habitados de manera intermitente, aparecen en la parte sur y oeste del actual municipio de Alamo (1905).

Localmente, sobrevino un acontecimiento que vino a contrarrestar esta ocupación dispersa del espacio. Los comuneros de la congregación de Temapache, inquilinos de la hacienda de Buena Vista (15,000 has), la adquirieron en 1826 y la dividieron en lotes (Meade, 1951; Incosepp, 1973). Sin embargo, en el resto del territorio, la única evolución notable hasta finales del siglo XIX consistió en la disminución de las zonas arboladas como resultado de la extracción maderera (cedro, zapotal, mahogany y roble), lo que permitió la aparición de las primeras praderas de grandes dimensiones, sobre todo en las llanuras situadas a orillas del río Tuxpan. El desmonte requirió de mano de obra proveniente de los altos de la Huasteca, que se instaló de manera permanente y por pequeños grupos en las haciendas, donde cultivó maíz y frijol. Esa región, hasta entonces algo abandonada, fue pues poblándose poco a poco (Alafita, Gómez, 1991).

El aislamiento caracterizó igualmente el «puerto» de Tuxpan, lo cual, siendo puerto, se convirtió en un atractivo. En las rutas de cabotaje y de navegación fluvial, por ejemplo, pasó a constituir el punto de tránsito obligado entre Tampico, Veracruz y las localidades situadas río arriba, tanto para la entrada de mercancía como para la salida de productos locales. Tuxpan detentaba así el monopolio del comercio en el sector; y, lejos de todo control, incursionaba de vez en cuando en el contrabando. De esta manera, se desarrolló una burguesía comerciante, formada por unas cuantas familias. Algunas echaron raíces y se hicieron dueñas de las haciendas del interior; otras, recién inmigradas de Europa o del Medio Oriente, invirtieron su capital en compañías de importación y exportación, muy fructíferas. Ganancias en mano, los comerciantes con sede en el ayuntamiento echaron un vistazo hacia el campo y determinaron comprarlo para hacerlo producir, pues la ciudad crecía y, con ella, la demanda de granos y carne. De tal modo, adquirieron en 1846 la casi totalidad del territorio que ha de convertirse en el municipio de Tuxpan: «su» municipio. Se volvieron propietarios de dos haciendas: Asunción y Santiago de la Peña (Fages, 1854). Dirigían ya la ciudad y su comercio, y pasaron a ser dueños de toda la franja costera, que dividieron en lotes. Desbrozaron; cultivaron maíz, algodón, tabaco, caña de azúcar; dispusieron platanares en las orillas y sembraron pastos en los que introdujeron nuevas especies bovinas. En este negocio, los inmigrantes recién integrados a la burguesía local se asociaron con las familias dueñas ya de las tierras del interior; ambos grupos se unieron en pos de los mismos intereses.

País nuevo frente a puerto petrolero

Posteriormente, hacia 1900, la tendencia se invirtió: el interior cobró superioridad con respecto a la costa; aquél se convirtió en el «país nuevo», en la «faja del oro» (que recorre 80 km, desde Potrero del Llano hasta Poza Rica), proveedora de petróleo y de jugosos salarios para los campesinos-obreros llegados de la Sierra. El dominio que ejercía Tuxpan sobre «su» interior se vio menguado. El hinterland que la ciudad controlaba a distancia, se fue poblando en medio de una febril actividad y pasó en muy poco tiempo a manos de compañías extranjeras, mayoritariamente norteamericanas. Estas alquilaban o compraban las haciendas, para luego convertirlas en terrenos de prospección. Poco les importaba la calidad del suelo y la naturaleza de la cubierta vegetal: la riqueza objeto de su codicia se hallaba 200 metros bajo tierra. Así, tomaron posesión, midieron, delimitaron, dividieron y quemaron los campos para abrir el paso a las torres de perforación. Los mapas parecen indicar que las compañías no

intervinieron donde existía ya una parcelación territorial relativamente fina. En Tuxpan, por ejemplo, se instalaron únicamente en la orilla norte, en un espacio que aparece vacío en los mapas de 1927 y 1935 (terreno perteneciente a PEMEX aún en la actualidad), mientras que en Álamo dejaron intactas las tierras de Temapache. Por lo general, los petroleros respetaron los lotes existentes, lo ya repartido, y exploraron de preferencia el espacio vacío o poco utilizado.

A medida que la fase de producción sucedía a la de prospección, la oferta laboral se iba diversificando: perforación, bombeo, construcción de cisternas, mantenimiento de los oleoductos y transporte. Los trabajadores del ramo petrolero se contaban por millares y fundaron numerosos campamentos, que se convertirían más tarde en centros agrícolas. Mulas, pequeñas vías de ferrocarril y posteriormente camiones garantizaron el enlace entre los pozos, los campamentos y los puntos de embarque y desembarque, ya fueran costeros y fluviales; mientras que el oro negro era bombeado hasta los barcos-cisterna anclados en las terminales, mar adentro. Así se fue estructurando el espacio neutro.

Sacudida por la nueva actividad, la ciudad de Tuxpan asumió el papel de puerto petrolero sin haberlo decidido. Antes vivía tranquila, entre cabotaje y tránsito fluvial, y se halló en pleno desconcierto ante el inesperado trajín del interior. El Banco de Tuxpan acababa de ser fundado gracias a las aportaciones de las grandes familias, cuyos recursos provenían, primero, de la comercialización del ganado, luego del plátano y, finalmente, de la actividad portuaria. Por su brusca novedad, el petróleo, aunque producía enormes dividendos, era visto como un estorbo. La «alta sociedad», a duras penas toleraba que las barras norte y sur se convirtieran en sitios de exportación del crudo, y en campamentos principales para El Águila y la Penn Mex Fuel, con edificios estilo Luisiana rodeados de césped, pero no pudo conservar la calma ante la mezcla poblacional, consecuencia de la «petrolización», que ocasionó una ocupación cada vez más densa de sus propiedades río arriba.

No obstante, el comercio se vio beneficiado: la ciudad creció, las tiendas se multiplicaron. Nunca hasta entonces el río había conocido semejante movimiento de lanchas y chalanas. La renta de tierras a las compañías extranjeras se vio reflejada, en la ciudad, en la construcción de nuevos edificios, además del campanario de la parroquia, seguida poco después por la pavimentación de las calles principales (1920-30) (Alafita, Gómez, 1991).

Fraccionamiento y alternativas

A medida que la infraestructura petrolera se vigorizaba, las franjas de desmonte se desarrollaron a lo largo de las pistas, abriendo campo a los pastizales y a los cultivos. La explotación agrícola se vio favorecida por los campos petroleros, con tanta mayor facilidad cuanto que eran las compañías las que «dominaban» el terreno y que los propietarios se hallaban ausentes. Durante los primeros años de la Revolución y a pesar de la presencia de Peláez, que fungió como «gran cacique» ante las compañías (1910-20), no se vio más a los hacendados en los cascos. El ganado abandonado se volvió bravo.

El municipio de Alamo-Temapache se hallaba conformando por peones y obreros calificados. Allí instaladas había personas de habla náhuatl, otomí y totonaca; había también comerciantes y unos cuantos extranjeros (entre ellos algunos chinos). El personal, móvil, pasaba de un campamento a otro y tenía así oportunidad para observar el lugar. Los comerciantes fueron los primeros en cultivar alrededor de las antiguas rancherías o incluso de los mismos campamentos (maíz, frijol, tabaco, plátano, chile y hortalizas diversas), con ayuda de los chinos. Posteriormente, los peones los imitaron, sin preocuparse por averiguar a quién pertenecía la tierra, si es que la compañía en trabajaban no la había alquilado o comprado. El auge de la colonización agrícola se favoreció por el hecho de que la vegetación había sido parcialmente arrasada durante las prospecciones. A los «colonos» les parecía estar en «tierra libre», y pronto se sientaron en casa.

Las empresas extranjeras fungieron así como compañías colonizadoras. Aun cuando no perseguían tal objetivo, dotaron el espacio de infraestructura y fomentaron su poblamiento. Una vez concluido el período de prospección (en 1925), aunque la mayoría de la mano de obra se trasladó hacia nuevos centros de trabajo, parte de ella se arraigó, auspiciada por la política gubernamental.

Entonces, es cuando licenciados e ingenieros midieron, deslindaron y prepararon la distribución de las tierras, a veces en convenio con las compañías petroleras. El primer reparto se efectuó en Alamo en 1927, pero las solicitudes comenzaron desde 1923-1924. Las superficies ejidales otorgadas variaban de un lugar a otro: hasta 1940, las dotaciones abarcaban 19,405 has. en Alamo y 8,655 en Tuxpan. Se intensificaron entre 1940 y 1959 (29,855 y 17,500 has. respectivamente) para disminuir

posteriormente, entre 1960 y 1969 (15,296 y 10,387 has.) y entre 1970 y 1979 (10,544 y 5,004 has.). Después de 1980, se ha registrado un solo caso en Tuxpan (511 has.). Cabe señalar que en Alamo siempre se repartió más que en Tuxpan, independientemente del período de referencia.

Esto se debe a que Tuxpan acogió con suma cautela la Reforma Agraria. La primera solicitud, en 1923, relativa al rancho de Ceiba Rica (1,070 has.), fue vista como una advertencia. Los ciudadanos, que ya se habían repartido la tierra 70 años antes, no tenían la menor intención de ceder. La extensión de matorrales adquirida por una «Junta Directiva de Accionistas», integrada por 583 socios, reducidos a menos de 200 en pocos años, había sido dividida en lotes, y acondicionada en ranchos (Alafita y Gómez, 1991). El municipio de Tuxpan se resistía al reparto.

En cambio, el conjunto espacial débilmente estructurado de Alamo era percibido como una «tierra abierta» por los ingenieros de la Reforma Agraria. Es fácil entender lo que siguió. A partir de la nacionalización petrolera (1937-1938), cuando la voluntad política tendió a la repartición social de la tierra, Alamo se convirtió en un municipio fraccionado por ejidos, cuyos límites coincidieron con los terrenos petroleros y las ex-haciendas. Se registraron tantas solicitudes en Alamo entre 1927 y 1974, que de 94 ejidos censados de facto por la SRA, 81 recibieron definitivamente resolución presidencial favorable (dotación inicial y eventuales ampliaciones), mientras que 13 aún no gozan de reconocimiento de iure. Durante ese mismo lapso, fueron rechazadas 52 solicitudes (56 %, más de la mitad). El bloqueo se hace evidente al remitirnos a las solicitudes de ampliación correspondientes al mismo período. Sobre un total de 62 solicitudes, 43 fueron denegadas (69 %) y 19 otorgadas. Las tierras por repartir se acabaron pues desde 1974, desde hace ya 18 años.

El municipio de Alamo está marcado por el sello ejidal; no así el de Tuxpan, que continúa dependiendo de una tradición citadina, preocupada por los ranchos que la rodean. Ante las reivindicaciones impulsadas tanto por los sindicatos petroleros como por los movimientos agraristas, Tuxpan-la-Vieja opone resistencia. No siempre triunfa, al contrario, pero el hecho es que dispone de apoyos de alto nivel jerárquico. La reforma agraria se desarrolló aquí cediendo sólo lo indispensable.

«La reforma agraria y la ganadería se afectaron mutuamente en un juego establecido entre propiedad y política; de este proceso se derivó una prolongada negociación de ceder y conservar, hasta llegar a la coexistencia.»

Si las afectaciones no fueron tan dramáticas para los ganaderos, se debió sobre todo a la lentitud de la aplicación de la reforma agraria durante un tiempo prolongado, por lo que éstos no fueron desplazados de manera drástica. Es más, la ganadería, que en la lógica agrícola campesina parecería contraria a sus intereses, aquí se desarrolló de forma muy extendida con carácter ejidal» (Alafita y Gómez, 1991: 54)

Lugares altamente tipificados

Varias perspectivas oficiales (SPP, 1990; Comisión Mixta agraria, 1990 y Cambresy et al., 1991) nos brindan una imagen de ambos municipios en forma de díptico blanco y negro.

En 1990, los cultivos y plantaciones ocupan en Alamo más del 43% de la superficie municipal, contra menos de 15% en Tuxpan. Inversamente, los pastos sólo cubren en el primero de los casos el 33% de la superficie, contra más de 74% en Tuxpan. Sin embargo, considerando el número de cabezas de ganado (57,000 en Alamo y 77,650 en Tuxpan) y las superficies de pastos, la proporción de animales por hectárea es mayor en Alamo (1.5 contra 0.98), lo cual permite suponer que la ganadería es más intensiva en ese municipio. Confirmamos esta hipótesis comparando el número de socios en la Unión ganadera regional: 443 en Alamo (128 bovinos por socio) y 350 en Tuxpan (222 bovinos por socio). Otro rasgo específico de Alamo consiste en un censo de 10,000 cerdos y muchas aves de corral, que lo vincula con los municipios de la Sierra, de donde es originaria la mayoría de su población. Su municipio vecino, en cambio, como todos los de la llanura costera, no concede gran importancia a ese tipo de cría, por ser «asunto de campesinos».

El contraste más notorio se da en lo referente a las superficies de huertas: Alamo detenta 27,000 has. de cítricos (23.5% de la superficie municipal), y Tuxpan sólo 7,000 (6.4%). No obstante, todo parece indicar que los citricultores de Tuxpan, «favorecidos» por su atraso, han optado por la diversificación de las variedades. La naranja Valencia, que monopoliza el 87.5% de la superficie citrícola de Alamo, sólo se halla presente en el 42% de la de Tuxpan. Aquí, la mandarina se extiende en una amplia superficie que muy pronto podría entrar en competencia con Alamo (830 has. contra 980), y la superficie plantada con otras variedades (la mandarina Reina, etc.) es incluso mayor (3,088 has. contra 2,351).

La superficie de Alamo es ejidal en un 66%; mientras que el 60% de las tierras de Tuxpan no lo son. Carecemos de información lo suficientemente detallada como para discernir cuál es la parte que les corresponde a los

pequeños propietarios en el conjunto no ejidal; sin embargo, pensamos que es mayoritaria. En Alamo, la pequeña propiedad ocuparía 5% de las tierras cultivadas (13% en Tuxpan), 39% de los pastos (60.5% en Tuxpan) y el 83% de tierras sin cultivar y matorrales (69% en Tuxpan).

Menos de 31% de las superficies ejidales son de pastoreo en Alamo (cerca de 60% en Tuxpan). Esta observación se halla confirmada por el hecho de que menos de 20% de los ejidos de Alamo poseen bovinos (Tuxpan: 85.3%). Cabe mencionar que, en ambos municipios, los ejidos se hallan divididos en parcelas en un 90% de los casos e incluso más, lo que puede proporcionarnos una idea acerca del amplio margen que queda para la iniciativa individual. Por otra parte, pocos ejidos presentan una producción mono-específica, aun cuando llega a prevalecer alguna de ellas. Para terminar, señalemos también que todos los ejidos se jactan de aplicar «la tecnología», ya sea ganadera o citrícola.

Dos tipos de ejido

¿Goza acaso el ejidatario de la ventaja de poder sustraerse al determinismo de una clase social bien definida? Es decir, por no ser originario del lugar donde vive ¿goza de una mayor libertad de movimiento?

En Alamo se han mezclado diversos modos de vida, diversos proyectos: antiguos obreros petroleros, comerciantes, arrieros, solicitantes de tierras y de trabajo, tenderos que emigraron de la ciudad. De ahí proviene, probablemente, la mentalidad de farmer que impregna el lugar. Parece ser que en el momento del reparto agrario, buena parte de los ejidatarios tenían cierto grado de instrucción y, si bien no conocían todo lo relativo a la naranja, por lo pronto sabían mucho sobre el dinero. Además, varios de ellos, actualmente miembros activos de asociaciones o comités administrativos de las jugueras, pasaron parte de su juventud en Florida y California, cosechando fruta. Se establecieron en la ciudad de Alamo a finales de la era del petróleo, en espera de que el reparto se formalizara. Una vez firmada la resolución, fueron a instalarse definitivamente. Y ahí siguen, al cuidado de sus huertas. Tenían un plan y lo llevaron a cabo. Sin ser mayoría, constituyen un modelo para toda una clase rural paulatinamente atraída hacia la naranja, en trayectorias sociales ascendentes.

En Tuxpan, donde la «ganadería de ranchos» ocupa un sitio privilegiado, ya existía un modelo de explotación agrícola. Por lo mismo, debemos interrogarnos en torno a las relaciones que sostienen ejidatarios y

pequeños propietarios. Es muy probable que la parte correspondiente a la llanura (59% de la superficie ejidal) no sea explotada en su totalidad por los ejidatarios, sino que también participen los rancheros...

Quizá los propietarios aceptaron de mejor talante la implantación del ejido desde el momento en que era «su gente» la que accedía a él. Da la impresión de que hubo negociaciones entre personas que, pese a no tener un estatus social idéntico, se conocían. De no existir previo consenso, ¿cómo explicar que los ejidatarios hayan dedicado casi 60% de sus tierras a la ganadería? Así, los rancheros se habrían «cubierto» por segunda ocasión, al continuar aprovechando sus antiguas tierras de pastoreo, donde no se desarrollaba ninguna otra actividad. Esta hipótesis requiere ser confirmada, pero halla un primer argumento a favor con Alafita-Gómez (1991: 54). La ratificación del proceso o el surgimiento de un nuevo equilibrio, tendiente a restablecer las posiciones anteriores, adquiere mayores visos de posibilidad tras las recientes decisiones en materia de ley agraria (1991-1992).

Ciudades-espejo

En Tuxpan, 64% de la población se concentra en la ciudad (62,000 habitantes en 1980), contra apenas 17% en Alamo (15,000 hab.). De ahí que la densidad rural sea de 36 hab./km², en el primer caso, contra 67% en el segundo. Podemos hablar, en el primero de los casos, de identidad urbana y, en el segundo, de ruralidad.

Tuxpan, ciudad de medianas dimensiones, es un centro comercial y bancario que se ha convertido en el polo administrativo de la región norte de Veracruz. Se erige en ama y señora, en medio de «sus» ranchos-residencias; de un campo sumido en la modorra. Las sirenas de los barcos ni siquiera la molestan, pues el «puerto» se extiende, con sus dependencias, sus muelles y sus pequeños talleres desperdigados, a lo largo de doce kilómetros (hasta la barra), y no es particularmente activo. Las terminales petroleras se hallan varias millas mar adentro. La ciudad parece no interesarse más que por el sector terciario: un sitio de descanso, entre su río, su iglesia, sus viejos barrios y unos cuantos edificios modernos.

El eje principal del trazado urbano, paralelo al río, es herencia de las antiguas actividades, mientras que los cerros se hallan ocupados por el ejército y los hospitales. Las autoridades municipales quieren devolverle su primacía a dicho eje, ampliándolo hasta la Barra Norte, para resucitar la antigua vocación marítima (?). El centro, carente de abolengo histórico, refleja una modernización que se detuvo en 1920, contrarrestada apenas

por torpes iniciativas: edificios de oficinas de varios pisos y comercios. Construcciones carentes de toda elegancia han substituido muchas casas de teja de uno o dos pisos, gemelas de las de Tlacotalpán. Claramente apartado del centro, como para demostrar el dinamismo del crecimiento urbano, se ha levantado un condominio de lujo, cerca del primer meandro del río, desde donde se aprecia una vista panorámica de la ciudad, el río y, enfrente, los umbrosos paisajes de Santiago de la Peña. Por oposición, al norte y noreste, se han multiplicado los barrios pobres que escalan los cerros o se extienden cerca de los pantanos: casuchas amontonadas, hechas a base de piedra, madera y lámina de cartón. Ahí viven miles de personas (SEDUE, 1988).

Alamo es una ciudad en desarrollo, en actividad permanente, que oscila entre su carácter rural y su carácter de encrucijada, sobre todo desde la construcción del puente sobre el río (1979-1981). Cada parcela productiva se halla vinculada aquí con la exportación. Hasta cabe preguntarse ¿entre Tuxpan y Alamo, cuál es el puerto más activo? La localidad no es ninguna belleza. Diríase un enorme taller de reparaciones, una bodega, con sus tractores, sus remolques, su algarabía en los alrededores del mercado, sobre un pavimento lleno de baches. Aunque en 1974 el pueblo haya accedido a la categoría de ciudad, sin haber pasado por la de villa («en virtud de su progreso económico y demográfico»), su trazado sigue siendo un caos. No hay una plaza central que ponga frente a frente el ayuntamiento y la iglesia; las calles no observan un rigor que cuadricule el espacio en manzanas regulares, el urbanismo brilla por su ausencia. La presidencia se halla arrinconada cerca de grandes tanques de petróleo y la iglesia carece de ubicación adecuada. La única huella de organización consiste en un bulevar «periférico» bordeado de casas bajas, con ángulos de hormigón, que desemboca sobre la carretera Poza Rica-Cerro Azul, frente a la gasolinería y a las áreas de estacionamiento de los trailers.

Se trata de un antiguo campamento de la Penn Mex, que data de 1910, hecho de madera y lámina, y convertido actualmente en un conjunto de poca consistencia habitacional. Desde su «centro» se accede directamente a las huertas o a los campos salpicados de viviendas inconclusas.

Si bien Alamo dista de poder competir con Tuxpan, su originalidad depende de otro factor: su función de «espejo» para el campo, que difunde la modernidad en torno suyo. De ahí tal vez la «urbanización» de los ejidos, con tiendas, escuela, dispensario médico e incluso terminal de autobuses foráneos, casas frecuentemente bien distribuidas, construidas con

materiales sólidos y equipadas con las comodidades básicas. La rentabilidad de la citricultura podría explicar esta holgura.

El mismo juego de espejos sirve para comentar, en cambio, la escasa urbanidad de la cabecera, como si los habitantes rurales, bien arraigados, sólo pretendieran ver en ese centro un «polo de utilidades». Máxime que vivir en los ejidos equivale a conservar la posibilidad de criar puercos y aves de corral, así como ocuparse de los panales.

*

Tuxpan, por su parte, contrariamente a sus pretensiones, está mal comunicada. Aparte de que el tráfico de carretera se acerca cada vez menos a la ciudad, se requiere más de una hora (a veces hora y media) para llegar a Poza Rica, la «gran ciudad», a sólo sesenta kilómetros de distancia, donde también está el aeropuerto Tajín, el más cercano. Sin embargo, aun cuando su inserción regional se vea afectada por la vertiginosa ascensión de Poza Rica, Tuxpan «irriga» la región, es decir, sigue siendo el punto de emisión de flujos inmateriales como son los bancarios o los institucionales, como sede de las dependencias regionales de las diversas secretarías. En todo caso, la ciudad conserva bastante peso como para constituir el centro de gravedad de la cuenca del río Tuxpan y, más hacia el norte, de la llanura costera hasta Ozuluama. En 1972, Banca Serfín le ganó definitivamente el paso a la banca local, y Bancomer instaló su sede regional. Para los ganaderos, Tuxpan representa la plaza bancaria por excelencia.

Alamo no se ha visto favorecida por servicios a nivel nacional y vive dependiendo de Tuxpan o de Poza Rica en todo lo relativo a la propiedad de la tierra (SRA), a lo económico (SARH) o a lo institucional. Sufre amargamente por esta situación, pues aunque ir a Tuxpan es cuestión de apenas una hora, y a Poza Rica dos, arreglar un asunto cualquiera con el ingeniero de la SARH o el experto agrícola de un banco toma la mitad del día.

En un orden jerárquico, por encima de las cabeceras de los alrededores, que sólo son eso, meras cabeceras, Alamo se distingue por ser una ciudad activa, que brinda sus capacidades prácticas al campo circundante. Sin embargo, permanece bajo la dependencia de Tuxpan en lo que a servicios se refiere, mientras que esta última se somete a su vez a Poza Rica.

Entre competitividad y complementariedad

El municipio de Tuxpan es ante todo la ciudad de Tuxpan; soberana de «su» territorio y que tiene pretensiones de puerto de alta mar, mientras que el municipio de Alamo es una inmensa extensión de tierra que alberga un gran mercado rural. Tuxpan es burguesa y brinda sus servicios a los propietarios-ganaderos que la rodean. Alamo es humilde, repara la maquinaria agrícola y está dotada de una pequeña industria. La primera huele a brisa de mar, la segunda a polvo y aceite de motor.

Tuxpan, perteneciente a la Historia, ha asumido un papel geopolítico protagónico. Sostenida por su pasado, actualmente aspira a vivir de su «capital mercantil». El carnaval y la feria ganadera perpetúan la marca del tiempo en el ciclo de las manifestaciones anuales. Por su parte, Alamo tiene apenas un siglo de historia y se satura de actividades para «recobrar el tiempo perdido». Cada una de ambas cabeceras es reflejo fiel del municipio del que forma parte: una lo controla, otra resulta de él. Tuxpan protege a sus ranchos; en Alamo convergen las actividades que se desarrollan en los naranjales y es el primer municipio citrícola de la República (1991).

Desarrollo autónomo

He aquí dos entidades que viven juntas, a orillas de un mismo río, pero que permanecen ajenas entre sí en cuanto a sus actividades y sus perfiles sociales. La Unión Regional de Ganaderos tiene a Tuxpan por sede, la de Unión de Citricultores, a Alamo. Ambos codician los mismos mercados, pero los ganaderos parecen «niños grandes y consentidos», que no tienen una idea cabal de cómo organizarse; por su parte, los citricultores, como «bribozuelos despeinados», se las arreglan para controlar la distribución de su producción y mandan construir fábricas de jugos, financiadas en buena parte con dinero propio.

Desarrollando actividades que vibran de manera diferente en torno a dos núcleos separados entre sí, y al mismo tiempo contiguos, Tuxpan y Alamo se miran con recíproco desdén y no se reconocen como municipios hermanos.

La burguesía de Tuxpan ve en Alamo un pueblo grande, de proyección estrictamente local, con una función aglutinadora, y nada más. Le gustaría que ambos municipios permanecieran atados entre sí, como en los viejos tiempos. Por su parte, la gente de Alamo afirma que ambos municipios están el uno al lado del otro. Eso es todo.

Tuxpan se niega a admitir que Alamo se ha convertido en una etapa de la carretera federal norte-sur, con acceso directo tanto a la frontera, a los puertos de Tampico-Altamira como a la ciudad de México, vía Poza Rica. El enlace Tihuatlán-Tuxpan-Potrero del Llano, que exige más tiempo y más kilómetros, ya sólo es utilizado por aquellos cuyo destino final es Tuxpan. Sólo el tráfico municipal recorre el gran puente «urbano», que suscitó tantos elogios durante su inauguración (1958-1959), como una herramienta que facilitaría el intercambio. Lo que es peor, los tableros del puente, que atraviesan el río, han bloqueado el tránsito fluvial y han separado definitivamente a la ciudad de los muelles donde atracaban las goletas. El puente excluye al centro de la ciudad del tránsito proveniente del mar. Por lo mismo, la posición de mando que Tuxpan aún creía detentar se extinguió por completo mientras, simultáneamente, Alamo se libraba de su posición subordinada al aprovechar el progreso y apostarle a los transportes terrestres.

Ambos municipios evolucionan pues de manera autónoma, y se hallan divididos por ejes divergentes de comunicación. Alamo ya no se ubica en la periferia de Tuxpan; bien lo saben los trailereros que pagan diez veces menos por atravesar el puente de Alamo que el de Tuxpan. ¿Podemos acaso afirmar que el cosmopolitismo es el denominador común de esos espacios aledaños, inscritos dentro del estado de Veracruz desde hace poco más de un siglo?

El Estado-interventor

El Estado federal pretende tal vez evitar este cuestionamiento, al intervenir en búsqueda de un equilibrio. No sólo porque la agitación de Alamo estorba a la serenidad de Tuxpan, sino también, dentro de un contexto globalizante, en aras de revigorar un centro costero aletargado, a pesar de su posición geográfica de primer nivel. En efecto, Tuxpan pertenece a un dispositivo que va infinitamente más allá de la escala local.

Las ideas que orientan la acción federal parecen responder a dos objetivos. El primero de ellos, parcialmente alcanzado ya en el caso de Alamo, consiste en poner al alcance de los habitantes de zonas rurales las facilidades propicias para su integración nacional: equipamientos escolar y sanitario, carreteras pavimentadas y puentes, red interna de vías de comunicación. El segundo pretende, más específicamente, devolverle a Tuxpan la función perdida, creando un auténtico puerto, aparejado a un centro industrial. La construcción de la planta termoeléctrica (obra entregada en su tercera fase) podría constituir un elemento clave en este

proyecto. El beneplácito manifestado ante el proyecto de instalación de una maquiladora por parte de la Chrysler, y el apoyo brindado a la Unión Ganadera para que alcance mayor competitividad dentro del mercado nacional e internacional (apoyo para construcción de mataderos y cámaras de refrigeración) representan para el Estado, en relación con su política global, la oportunidad para devolverle su prestigio a la sociedad tuxpeña, haciéndola participar más activamente en los intercambios económicos.

El interés demostrado últimamente hacia Tuxpan por el poder, el afán de «modernizar» el lugar, no parece tener otro fin: convertir a ese punto en un centro dinámico a nivel nacional, entre Veracruz y Tampico-Altamira, capaz de manejar parte de la mercancía de carga mexicana que transita actualmente por Houston, Texas. Interés plasmado en las armoniosas relaciones entre las diversas instancias, públicas y privadas, y las autoridades locales, que contribuyen a un clima de estabilidad social. Para la presidencia de la República, Tuxpan representa un lugar propicio para aplicar iniciativas que contrarresten, a escala del Golfo, la acción de los sindicatos, de fuerte presencia en Veracruz y Tampico. Existen dos prioridades bien explícitas: acondicionar un puerto de alta mar y comunicarlo directamente con la capital, mediante una carretera de alto nivel de tráfico.

La unión transversal

Hablemos para empezar del proyecto portuario. La draga del canal que enlaza los muelles de carga y descarga de la orilla derecha dio inicio a finales de 1990, para aumentar la profundidad de ocho a doce metros y permitir el acceso de los grandes cargueros. Para facilitar el paso por la barra y oponerse a los bancos de arena que los vientos del norte acumulan en el estuario, el rompeolas norte (re acondicionado ya en los años cincuenta) fue prolongado. Se pretende así crear una «terminal marítima» de río (?), con muelles para descarga a granel y con plataformas para los containers (13,000 m²), con dos enormes grúas de pórtico como las de Altamira.

Entre los argumentos a favor de este proyecto, se menciona que Tuxpan está asumiendo el segundo lugar, entre los puertos mexicanos del Golfo, en lo que a manipulación de containers se refiere (47,000 registrados en 1990, sobre todo en las entradas, por Tecomar, la filial de Volkswagen), y que recibe anualmente más de 600,000 toneladas de granos. Se ha planeado un segundo puente río arriba; para que las relaciones entre el interior, la

ciudad y la terminal se vean facilitadas (El Financiero, 22 y 23 de abril de 1991).

Como el tren no pasa por Tuxpan (aunque desde el siglo XIX se haya pensado en conectar a la ciudad con el ferrocarril Interoceánico), el segundo proyecto, que los notables del lugar exigen desde 1973, consiste en comunicar ese sector del Golfo de México mediante una carretera de cuatro carriles. El análisis del trazado se halla lo bastante avanzado como para que las autoridades se hallen en posibilidades de anunciar la realización de la autopista en 1995-1996. Los rumores corren, veloces, en torno al punto final de la vía rápida, que podría poner de cabeza a algunos barrios tuxpeños. Según las informaciones recabadas en la Sección de Obras Públicas de Alamo, se trata efectivamente de una autopista proveniente de Huachinango, la zona de mayor dificultad, debido al relieve, que desembocaría en el municipio de Alamo, en la orilla norte del río, y pasaría a la altura de Tierra Blanca Boster, aprovechando más hacia el este la ruta del antiguo ferrocarril de la compañía petrolera «El Aguila», para unirse finalmente al ramal periférico de vía ancha que delimita el norte de Tuxpan.

Si este proyecto llega a su realización, un eje este-oeste atravesaría ambos municipios adyacentes, cruzando el eje norte-sur que actualmente favorece a Alamo. Probablemente contribuiría a pacificar las relaciones entre vecinos, ofreciendo a la vez a cada uno de ellas nuevas oportunidades de apertura.

En lo referente a Tuxpan, ciudad a la que está destinado el proyecto, podemos decir que el enlace con la capital nacional por fin se hará realidad. ¿Le ofrecerá acaso nuevas opciones, un incremento en las visitas de barcos extranjeros al puerto y de turistas capitalinos a las playas, tiendas y hoteles? ¿Son realmente atractivas las playas de Tuxpan, tan cerca de las terminales petroleras y recurrentemente azotadas por los nortes? En el caso de Alamo, el nuevo eje reforzaría su papel de encrucijada, y facilitaría quizá la comunicación de la zona occidental, aislada hasta ahora por los afluentes del río Tuxpan. Bastaría un nuevo puente (¿será factible?) sobre el Vinazco para que esa parte, actualmente alejada de la ciudad, se hallase directamente conectada con el autotransporte internacional. Esto podría conllevar un incremento en el desarrollo de las huertas y, tal vez, una modernización de la ganadería en ese sector. De cualquier forma, la carretera representaría un punto más a favor de todo el municipio, puesto que la carretera actual (norte-sur), que lleva hacia Potrero del Llano,

cruzaría la autopista (este-oeste) a menos de 10 kilómetros al norte del puente que goza ya de una gran afluencia vehicular.

Sólo faltaría explotar el «Paleocanal» de Chicontepec, que repercutiría a todas luces de manera directa en el desarrollo de Alamo y de Tuxpan. PEMEX asegura interesarse exclusivamente en la lejana sonda de Campeche, donde tiene planeadas seis perforaciones para 1992 (La Jornada, 21 de diciembre de 1991). Pero ¿qué es lo que ocurrirá realmente? Fabriquemos el futuro...

Liebre voladora y gato dormilón

Junto a Alamo, donde se hallan reunidos agricultores éxitos que maniobran para que su municipio viva como una empresa agrícola «triunfadora» a corto plazo, podríamos concebir sincrónicamente a Tuxpan como un municipio-ciudad comerciante, al que vendría a añadirse un puerto industrial generador de mano de obra eventual y subempleada. Por qué no imaginar también una urbe rodeada de un campo soñoliento, con una población «de fin de semana». Parece ser un cuadro moderno, dentro del abanico de lo posible, a menos de que el campo tuxpeño, hoy poy hoy menos eficiente que el de Alamo, llegue a diversificar su producción y se recupere del estado anestésico en el que lo mantiene la ciudad. Hemos dicho ya que, comparados con los de Alamo, donde la naranja es soberana, los ejidatarios de Tuxpan le apuestan a la diversidad con la toronja, el limón, la sandía y el chile. Tal vez los grandes pastos actuales sean conquistados mañana por lo que hoy constituye apenas un intento.

¿Logrará la acción concertada de los poderes públicos reconciliar a estos dos vecinos que toda la historia social y económica reciente ha tendido a separar? Es decir, ¿redundará la reciente intervención del Estado federal en la construcción de una nueva pieza a lo largo del Golfo de México, con base en la complementaridad e inscrita dentro de un dispositivo general de ordenación del territorio nacional?

El porvenir es imprevisible por naturaleza. Todo intento de programación seguirá siendo aleatorio, máxime que el espacio estudiado podría integrarse en un futuro a los sistemas comerciales, más allá de la escala de relaciones interregionales o internacionales reconocida en la actualidad. El sistema de Alamo, conformado por una sociedad nueva que manobra dentro de un espacio económico favorable, no puede ser visto como duradero a corto y mediano plazo, sin considerar la capacidad de intercambio y beneficio (¿para quién?) que generará el Tratado de Libre

Comercio, en aras del cual se ha propuesto una reforma a la ley agraria nacional (1991-1992).

Nuestra única certeza es que la respuesta a la cuestión social ya no radicará en el reparto agrario, sino en un mejor equipamiento de los lugares de vida y, probablemente, en una diversificación de las actividades, es decir, una apertura más amplia hacia los sectores secundario y terciario. Las posibilidades para reorientar las tendencias actuales son múltiples, tanto que resulta imposible, en el caso de Tuxpan y Alamo (aun cuando sólo se tratara de estos dos municipios), determinar cuáles son los datos que presagian un cambio. ¿Qué tipo de comercio, basado en qué producción, tendremos en el año 2000, año de referencia que dentro de ocho años se convertirá en una realidad? Si replanteamos idéntica interrogante para el año 2050, ¿qué cantidad de habitantes poblará los dos municipios estudiados? ¿cuál será la distribución de su densidad? ¿en qué intrincada madeja de lazos de solidaridad o de guerras comerciales se hallarán atrapados?

Sí, el nuestro es un discurso coyuntural, un panorama apenas de lo visible, lo reconocible y lo imaginable. ¿Penetrar hasta lo hondo? Eso es ya otro asunto.

México, febrero de 1992

H. Arellano

Bibliografía

ALAFITA MENDEZ (L.) y GOMEZ CRUZ (F.), 1991, *Tuxpan, Veracruz: imágenes de su historia*, Xalapa, Archivo General del Estado de Veracruz

BATAILLON (C.), 1991, «Pétrole et tropique, la façade du Golfe», en *Amérique latine, Géographie Universelle*, Paris, Hachette-Reclus Ed., vol IV: 125-132.

CAMBREZY (L.), ERHENZWEIG (J.) y LOPEZ C. (J.), 1991, *Atlas ejidal del Estado de Veracruz-Encuesta nacional agropecuaria 1988*, Aguascalientes, INEGI-ORSTOM.

DOODE (S.) y MOLINA (V.) (Coord.), 1979, *Diagnóstico socio económico de la zona Pantepec-Ynazco*, México, Estudios especiales S.A.-CIESAS, mimeo.

FAGES (E.), 1854, (nueva edición 1959), *Noticias estadísticas del departamento de Tuxpan*, México, Ed. Citlaltépetl, colección Suma veracruzana, Historiografía.

INCOSEPP (ed.), 1974, *Perspectivas de Alamo, Veracruz, 1972-74*, s.l.

KYAM (R.), 1985, *Dil, oranges and invasions. Economic development and political mobilization in Eastern Mexico*, Bergen, Christian Michelsen Institut., Depart. of social science and development, mimeo.

MEADE (J.), 1951, (edición 1962), *La Huasteca veracruzana*, México, Editorial Citlaltépetl, 2 tomos.

PEPIN LEHALLEUR (M.), 1989, «Un Mexique rural post-agrariste pour l'an 2000?», Mesa redonda *Le Mexique à l'aube du troisième millénaire*, CNRS-CREDAL, mimeo.

SANCHEZ DURAN (A.) y *al.*, 1977, *Breviario municipal*, Xalapa, Com. de Estadísticas políticas económicas y sociales.

SCHEJTMAN (A.), 1982, *Economía campesina y agricultura empresarial (tipología de productores del agro mexicano.)*, México, Siglo XXI.

SEDUE, 1988, *Plan de desarrollo urbano*, Tuxpan, Veracruz, mimeo.

VERDUZCO (G.), 1982, *Campesinos itinerantes. Colonización, ganadería y urbanización en el trópico petrolero de México*, El Colegio de Michoacán